

este pueblo. Reciben á los extranjeros con verdadero placer, les dán comida, alojamiento y todo cuanto necesitan por espacio de meses, de un año si es preciso, sin que piensen nunca en despedirlos ni en reclamarles la más pequeña remuneracion.

El cruzamiento de razas y las relaciones comerciales que, como tenemos dicho, sostienen con las provincias fronterizas de Chile, transforma paulatinamente el carácter y las costumbres de estos indígenas, llamados á formar parte de esta República que ha conseguido cautivarlos con su prudente conducta inspirándoles bastante confianza para captarse su amistad. El gobierno chileno ha comprendido que estos procedimientos, y no los de la fuerza y la violencia, aunque lentos, son los más dignos y seguros para llegar á dominar este pueblo aguerrido é indómito.

CAPITULO XI.

Patagonia.

Se ha dado por los geógrafos el nombre de **Patagonia** á la parte de nuestra América del Sur comprendida en los 65° y los 78° de longitud occidental, y entre los 35° y 56° de latitud austral, comprendiendo el archipiélago de Magallanes á causa de su mucha extension y de su grande proximidad. Está circuida por el rio Negro que la separa de la República Argentina, por el Océano Atlántico, por el grande Océano Austral, por la República chilena y la Araucania, de la cual está separada por la cresta de la grande cordillera de los Andes.

Este vasto territorio que España tuvo siempre pretensiones de poseer mientras dominó en nuestra América, y que hoy se disputan Chile y la Confederacion Argentina, es lo cierto que de he-

cho no pertenece más que á los indios que lo recorren, y esta, entre otras muchas, es la principal razon porque el interior no ha sido hasta ahora formalmente explorado, limitándose las descripciones que del mismo han hecho los viajeros á las costas y á los puntos inmediatos á los establecimientos europeos y americanos. Los habitantes de este país, que recibieron de los españoles el nombre de *patagones*, esto es, *pies grandes*, con que se les conoce todavía, no son gigantes como se pretendió por los primeros navegantes que desembarcaron en sus costas, y sí hombres de una estatura algo mayor que la ordinaria. Es probable que diera lugar á esta impropia denominacion, no el grandor de su pié, más bien pequeño que grande si consideramos su elevada estatura, y sí las anchas bótas que llevan cuando montan á caballo, ó quizás su gran cabeza y la altura desproporcionada de la parte superior de su cuerpo, que contrasta con lo muy cortas que son sus piernas y sus muslos. Sin duda contribuiría á confirmar esta creencia, una antigua tradicion de los peruanos que indicaba un pueblo de gigantes al Sur de la América.

El primer navegante que visitó las costas de la Patagonia fué Magallanes, gentil hombre portugués al servicio de España, que adquirió eterna celebridad por haber descubierto un paso desde el Océano Atlántico á la mar del Sur por el estrecho que lleva su nombre; comunicacion que ha perdido parte de su importancia náutica desde que en 1616 los dos holandeses Lemaire y Schouten descubrieron el paso Lemaire y doblaron el cabo de Hornos, llamado así del nombre de la ciudad en que habia nacido Schouten (Horn). Magallanes vió por sí mismo algunos de los tan temidos gigantes, que, segun Garcilaso, tenian diez palmos, es decir seis piés y medio, siendo uno de ellos mucho más grande, puesto que los españoles solo alcanzaban á su cintura. En aquella época (año 1520) los patagones todavía no tenian caballos, yendo mon-

tados sobre animales parecidos á los asnos, probablemente los *gemals* de Molina; pero ya entonces, como ahora, eran pastores y nómadas.

Despues de Magallanes, atravesó el estrecho en 1592 el caballero Cavendish, y aseguró que en la costa americana habia visto dos cadáveres de patagones que tenian catorce palmos de largo, añadiendo que al medir en la playa la huella del pié de uno de dicho salvajes, la encontró cuatro veces mayor que la suya. Por último Cavendish afirma que tres de sus marineros estuvieron expuestos á perecer en el mar á causa de las piedras que les arrojó uno de los gigantes lo que hace esclamar á un escritor contemporáneo: «Hé aquí el Polifemo de la Odisea.»

Duclos-Guyot, comandante de una urca real francesa, no solo vió en 1766 á los patagones, sino que con toda la tripulacion permaneció algun tiempo entre ellos. Ha dado curiosos detalles sobre sus costumbres y su modo de vivir, sobre su desmesurada estatura, y añade que dichos indigenas pronunciaron algunas palabras en español ó á lo menos parecidas á dicho idioma.

Toda la costa oriental de esta parte de América, comprendida entre el rio de la Plata y el estrecho de Magallanes, ofrece la particularidad de ser un país inculto, estéril, cubierto únicamente de algunas matas y albéchigos silvestres, plantados por los españoles, y que si bien en corto número han conseguido perpetuarse hácia el sur de la República Argentina. Esta carencia de arbolado, esta falta de madera, ha sido hasta ahora y será en lo sucesivo uno de los más grandes obstáculos para que se formen establecimientos en este país, si bien hay que convenir en que por no haberse reconocido el interior no puede en absoluto asegurarse que en él falte tambien ese artículo de primera necesidad para la construccion naval y para la fabricacion de edificios. En cambio el terreno, ligero y arenoso, produce una yerba alta, fuer-

te y espesa de que están cubiertas las pampas ó inmensas llanuras que desde el río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes recorren las innumerables manadas de bueyes y de caballos salvajes procedentes de los traídos por los primeros colonos españoles.

No son las manadas de bueyes y de caballos salvajes los únicos animales de origen europeo que pueblan tan vasto territorio, pues hay además en él grandes cuadrillas de perros cuyos padres se extraviaron en estas soledades persiguiendo á los animales escapados de las cuadras de los establecimientos españoles: Aunque se han vuelto salvajes, no atacan al hombre, alimentándose con los indefensos terneros y con los cadáveres de los toros muertos por los cazadores. Abunda también la vicuña, el gato de algalía y el jaguar. Entre las aves marinas que son en crecido número, solo citaremos como notables los pájaros bobos que tienen á poca diferencia la talla y figura del ganso, teniendo en vez de alas dos especies de muñones que únicamente pueden servirles para nadar, poniendo cuando están en pié ó caminan el cuerpo muy derecho, y no en situación casi horizontal como las otras aves.

Las costas del mar están pobladas por un prodigioso número de focas de todas las especies y de otros anfibios, entre los cuales deben mencionarse el elefante marino, llamado así por tener delante la nariz una sustancia cartilaginosa de cinco á seis pulgadas de longitud que en la forma se parece á la trompa del elefante. Los machos, que son un tercio más grandes que las hembras, tienen muchas veces de veinte y dos á veinte y tres piés de longitud y más de cuatro de diámetro, siendo muy peligroso el atacarlos cuando están en el agua por la extraordinaria fuerza y agilidad que despliegan al defenderse.

Todos los viajeros que han recorrido este país están de acuer-

do en que cuenta escaso número de habitantes, pues por lo general solo encontraron al recorrerlo cuadrillas de diez á veinte hombres y muy raras veces consiguieron ver reunidos algunos centenares de ellos. El número de patagones es sin embargo más considerable en las llanuras inmediatas al territorio de Buenos Aires que en las cercanías del estrecho de Magallanes, lo cual puede y debe atribuirse á que el clima es allí menos rígido y las manadas de bueyes mucho más numerosas que en la region más meridional. Los patagones son, como hemos dicho, de elevada estatura, y ahora debemos añadir que son bien formados y robustos y tienen el mismo color cobrizo que los demás habitantes de nuestro continente: todos tienen la costumbre de pintarse más ó menos el rostro con colores brillantes y formando dibujos extraños. Por lo comun se pintan al rededor de los ojos un cerco negro, rojo ó azul que baja hasta los juanetes, y casi siempre el color de este cerco es distinto en cada lado, negro y rojo, ó negro y blanco, ó amarillo y negro. A este primero y principal ornato añaden la pintura de todo el rostro en el que describen fajas transversales, rojas, negras, amarillas ó blancas. Algunos hombres llevan en los brazos pinturas análogas, y todas las mujeres jóvenes se pintan los párpados de negro. Esta costumbre de pintarse la cara y diversas partes del cuerpo con una especie de escoba muy dura, tan comun entre los indígenas de nuestra América y que en ninguna parte es tan general como entre los patagones, les dá un aspecto horrible y un aire feroz y repugnante que contrasta notablemente con la benevolencia que les reconocen cuantos viajeros los han visitado.

Quando los patagones van á la guerra llevan una coraza de pieles y un sombrero de cuero; siendo sus principales armas el arco, la honda y la lanza terminada con un hueso muy puntiagudo.

A pesar de ser muy riguroso el clima de la Patagonia, no toman

sus habitantes ninguna precaucion para preservarse del frio, cual lo demuestra lo poco que se ocupan de su vestido. Acostumbran la mayor parte á ir enteramente desnudos; algunos llevan sus espaldas cubiertas con una simple piel de animal; otros llevan el cuerpo envuelto en pieles sujetas á los riñones con una correa. Algun viajero ha visto á varios que llevaban un calzon de piel atado en los riñones con una correa que sostenia una piel de guanaco destinada á cubrir las espaldas; mas el trozo de piel que tenia este objeto colgaba hasta los talones como una especie de delantal, de suerte que iban enteramente desnudos desde la cintura para arriba.

Si se exceptúan unas pocas familias que viven del fruto de la pesca en el estrecho de Magallanes y que parecen ser individuos degenerados de la raza de los patagones, son todos estos cazadores ó pastores. Hombres y mujeres pasan la vida á caballo, ya custodiando los rebaños de guanacos, que muchas veces se componen de millares de cabezas, ya persiguiendo los caballos y toros silvestres. Esta caza es la principal ocupacion de los que viven en el territorio inmediato al de Buenos Aires, y el único objeto que se proponen es utilizarse del sebo y de las pieles que venden á los negociantes de esta República, á pesar de lo cual algunas veces utilizan la lengua del animal que bien preparada constituye un importante ramo de comercio. El resto del animal que queda abandonado en el mismo sitio sirve de pasto á las aves de rapiña y á las cuadrillas de perros que recorren aquellas vastas llanuras. Hé aquí cómo se verifica la caza. Algunos hombres montados van en busca de una manada de bueyes salvajes, y al encontrarla procuran desviar á unos cuantos del grupo y los persiguen hasta que logran cortarles el jarrete con una media luna que está unida á una larga percha. Cae el animal, pero los cazadores sin detenerse continúan persiguiendo á otro,

mientras que la cuadrilla de patagones desmontados que les siguen matan las reses caidas y las desuellan. Con este método de vida se han convertido los patagones en excelentes jinetes, que si no aventajan compiten con sus vecinos los gauchos de Buenos Aires. Hasta los que mas apartados viven de esta República han adquirido grandísima destreza en domar caballos, y casi todos han adoptado el uso de la silla, de la brida y de las espuelas. Hay que advertir que por lo comun la silla no es más que un trozo de cuero, la brida una simple correa que pasa por la boca del caballo, y las espuelas una larga clavija de madera pegada á un botin, bastándoles esto para enseñar al caballo á que obedezca perfectamente al jinete.

Se dedican tambien los patagones á la caza de los bueyes que se trata de coger vivos, y en esta es donde más brilla el admirable instinto de los caballos, que entra por tanto en el buen éxito de la empresa como la misma habilidad de los jinetes. Esta caza se verifica del modo siguiente. Dos hombres á caballo armados con los lazos, sólidamente fijos en la silla por uno de sus cabos, persiguen juntos á un toro salvaje: cuando uno de ellos está á tiro arroja el lazo á las astas del animal que rara vez deja de coger, y le sigue arreglando la carrera de su caballo á la rapidez de la del toro, de suerte que el lazo nunca esté muy tirante; mientras tanto el otro jinete pasa por detrás y tira el lazo á las piernas de la res, y en el mismo instante los dos jinetes echan pié á tierra, los caballos se detienen, y aquellos con todas sus fuerzas tiran de los lazos en sentido opuesto. Este repentino sacudimiento derriba al animal, y los caballos continúan tirando é impidiéndole que haga cosa alguna, mientras que los cazadores se acercan y lo atan tan fuertemente que le obligan á seguir casi sin resistencia. De la misma manera cogen á los guanacos, á los avestruces y á los jaguares, sí bien es verdad que para los primeros em-

plean más comunmente las bolas, ó sea una cuerda ó correa cuya extremidad termina en un guijarro ó en una bola de metal.

Hemos dicho que es notable la incuria de los patagones por lo que respecta á su vestido, y otro tanto puede decirse por lo que respecta á sus habitaciones. Viven por lo comun en tiendas de pieles, si bien los del estrecho de Magallanes en donde abundan los árboles construyen cabañas con ramas fijadas en la tierra y entrelazadas por su parte superior. Se alimentan casi exclusivamente con carne cruda ó medio asada á la cual añaden algunas veces yerbas tiernas y raíces. Hay sin embargo algunas tribus que viven siempre en las inmediaciones del mar y no comen otra cosa que pescado crudo y moluscos, las cuales por sus costumbres y su constitución física guardan mucha analogia con las de los habitantes de la «Tierra de Fuego».

Los patagones nunca se han manifestado hostiles á los europeos y americanos que han pasado á establecerse en su país, ni á los que lo han recorrido como simples viajeros; antes al contrario todos á una elogian su benévola acogida y la timidez que en sus relaciones con los extranjeros han mostrado constantemente. Si se exceptúa un poco de propension al robo, que es excusable en pueblos que desconocen las leyes y la moral de las naciones civilizadas, poco puede echarse en cara á los patagones; pues no puede ser reprehensible la afición que tienen á los pesos duros, sea cual fuere su cuño, ni la que tienen á la galleta, al ron y al aguardiente, con todo lo que cambian fácilmente sus viandas, sus pieles de guanaco y sus plumas de avestruz. Las relaciones que entre sí sostienen los patagones tampoco indican ferocidad: tratan á sus mujeres como inferiores, y no como esclavas, diferenciándose de sus vecinos los habitantes de la «Tierra de Fuego» que han transformado á sus compañeras en animales de carga. Poco, ó casi nada se sabe de sus costumbres con respecto al matrimonio,

sino que se zambulle en el agua varias veces á las mujeres que se casan, que sus maridos son muy celosos y que toman grandísimas precauciones para sustraer á la vista de los extranjeros las mujeres jóvenes, calificadas de modestas y tímidas por los navegantes que han tenido ocasion de acercarse á ellas.

Chile ó la confederacion Argentina, ó ambas repúblicas á la vez, deben procurar civilizar á los patagones transformando su carácter y sus costumbres por procedimientos pacíficos y amistosos, cosa que no ha de ser difícil dada la docilidad y timidez que les distingue.

CAPÍTULO XII.

Tierra de fuego.

Al atravesar Magallanes el estrecho que lleva su nombre llamó Tierra de Fuego (1) á la grande isla situada al sur de aquel paso, si bien hoy comprende este nombre la masa de islas montuosas, frias, estériles en las que abundan los volcanes que alumbran pero no derriten las nieves de que están cubiertas. Se conoce tambien á este grupo de islas con el nombre de archipiélago magallánico ó de Magallanes. Además de la Grande-Tierra, notable por su volcan y del Sarmiento que es la montaña mas alta de estos

(1) Creen algunos que la causa de haberse dado por Magallanes el nombre de *Tierra de Fuego* á esta gran isla fué por un volcan que en la misma vió á grande distancia. Opinan otros, sin embargo, que deriva de la costumbre que tienen los naturales que yacen en la más completa miseria y van casi desnudos, de encender por todos lados grandes hogueras para calentarse.

territorios, comprende el archipiélago la isla Occidental, segun Mr. Balbi, ó de la Desolacion, segun Mr. King, la cual está situada en la punta occidental del estrecho. No léjos de esa punta están la isla de Hanover y el archipiélago de la reina Adelaida, y al oriente las islas de Clarence y Navarino.

La Tierra de los Estados (en inglés y en holandés Staten-land) está situada al este de la Grande Tierra, de la cual la separa el famoso estrecho que lleva el nombre del navegante que la descubrió, de Le Maire; al sur se encuentra el grupo de las islas Hermite y la isla Horn, célebre por su cabo meridional que dobló por primera vez el navegante que le dió su nombre; y finalmente al sur de este grupo está el de Diego Ramirez, última tierra que los geógrafos atribuyen á América. El archipiélago cuya descripción sumaria hemos hecho, abraza una estension de más de ciento cincuenta leguas de este á oeste y de más de setenta de norte á sur. El mar penetra por numerosos canales en esta masa de islas que constituyen el archipiélago; pero los pasos son tan estrechos, tan violentas las corrientes, tal la impetuosidad de los vientos que el navegante no se atreve á internarse por semejante laberinto; con tanto motivo que nada le convida á hacerlo, puesto que no se ven más que lavas, granitos, basaltos en completo desorden formando escarpadas riberas suspendidas sobre las mugientes olas. A veces una magnífica cascada interrumpe el silencio del desierto; focas de todas formas juguetean en las bahías ó descansan sus pesados cuerpos sobre la playa: los pájaros bobos, los mancos y otras aves del Océano Atlántico persiguen su presa; el navegante encuentra allí á falta de árboles, y toda clase de plantas las antiescorbúticas el ápio y los berros. El clima tolerable en verano cuando se deja sentir el norte, es generalmente muy frio, cuando sopla el sur que ha pesado por los hielos del polo y por las islas de Schet-land.

Las costas septentrionales y orientales de la Tierra de Fuego, son de entre las de estas regiones las más favorecidas por la naturaleza; las montañas forman una pendiente bastante suave hácia el Océano Atlántico; los valles están cubiertos de una vegetacion asaz lujuriosa; encuéntranse allí arboledas, praderas, liebres, zorros y hasta caballos.

Los pecherais, habitantes indígenas de este archipiélago, y cuyo verdadero nombre parece ser el de yacanacus, son los más inmediatos al polo austral que se conocen. Son de pequeña estatura, pues su talla es de cinco piés á cinco piés y dos pulgadas; tienen la cara ancha, los pómulos salientes, la nariz aplastada, y los ojos pequeños; su pecho es por lo general bien formado, pero en cambio su barriga es abultada y sus piernas son delgadas y torcidas, lo cual parece ser efecto de la costumbre que tienen de estar continuamente en cuclillas tomando el sol al amor de la lumbre. Son, en una palabra, una repugnante caricatura de los patagones, á los que sin embargo se parecen. Sobre ser tan súcios que apenas se puede saber el color de su tez, tienen como los patagones la costumbre de pintarse el rostro y diferentes partes del cuerpo con diversos colores formando dibujos más ó ménos extravagantes. Su inteligencia parece ser muy obtusa y tan infeliz como es posible.

Reducidos estos salvajes á la vida puramente animal no tienen de hombre más que la forma. Pasan la mayor parte del tiempo acurrucados espiando en la orilla del mar los anfibios, los moluscos y los peces, que constituyen casi su esclusivo alimento. Toda su industria se limita á construir canoas para la pesca y algunas armas; si bien la mayor parte de estos trabajos se confían enteramente á las mujeres que son consideradas por los pecherais poco menos que como animales de carga. Las canoas que tienen de diez á quince piés de alto y de veinte y dos á veinte y cuatro

pulgadas de ancho, constan de tres piezas de corteza de abedul, una que constituye el fondo y una para cada costado: estas piezas están unidas con ramas de árboles entrelazadas con bastante ingenio. Una capa de tierra arcillosa estendida por el fondo de esta barea grosera, sirve á un tiempo de lastre y de hogar en el que se mantiene un fuego perenne. Sus armas son la honda construida con la piel ó el intestino del buey marino, la pica compuesta de una asta de madera de ocho á diez piés de longitud y terminada en un agudo hueso, y la jabelina hecha como la pica, aunque menos larga, la cual lanzan con mucha destreza cogiéndola por enmedio. Tambien se les han visto usar arcos de madera dura y elástica, con los cuales arrojan flechas cuya herida es muy peligrosa, porque consisten en un trozo de madera hendido por un extremo y armado con un guijarro agudo introducido en la hendidura, aunque no solidamente fijado; de donde resulta que cuando la flecha se clava en la carne puede facilmente sacarse, pero el guijarro queda en la herida.

Su vestido no está en armonía con el rigor del clima en que viven, pues muchos hombres van enteramente desnudos y otros no llevan más traje que una simple piel de lobo marino echada á la espalda y que no suele cubrirles la mitad de ella. Las mujeres van envueltas en una grande piel que las cubre con decencia: parecen muy púdicas y sus maridos son muy celosos vigilándolas extraordinariamente. La ligereza del traje de estos indígenas contrasta notablemente con el calor insoportable que exhalan de continuo sus miserables chozas que tienen la forma de un pilon de azúcar.

Todos los navegantes que los han visitado convienen en que si bien son tímidos y huraños los han recibido cordialmente: por lo comun se acercan á los extranjeros con una alegría mezclada de desconfianza; cantan y estienden los brazos en señal de amistad

y despues de la primera entrevista pierden el encogimiento y van á los buques sin recelo de ninguna clase. El único reproche que puede hacerseles es su estremada propension al robo, defecto tan comun entre los salvajes que ya no causa estrañeza á los que los visitan. En estos pueblos lo mismo que en la Patagonia se han encontrado poquísimas huellas de ideas religiosas y ninguna de forma de gobierno.